

PLASPLAS

¡TODAVIA NO HEMOS RESUELTO LA CUESTION DE LA EXISTENCIA DE DIOS Y QUIERES COMER!

Nº 2 — 75 pts



Textos:

HENRY
MILLER

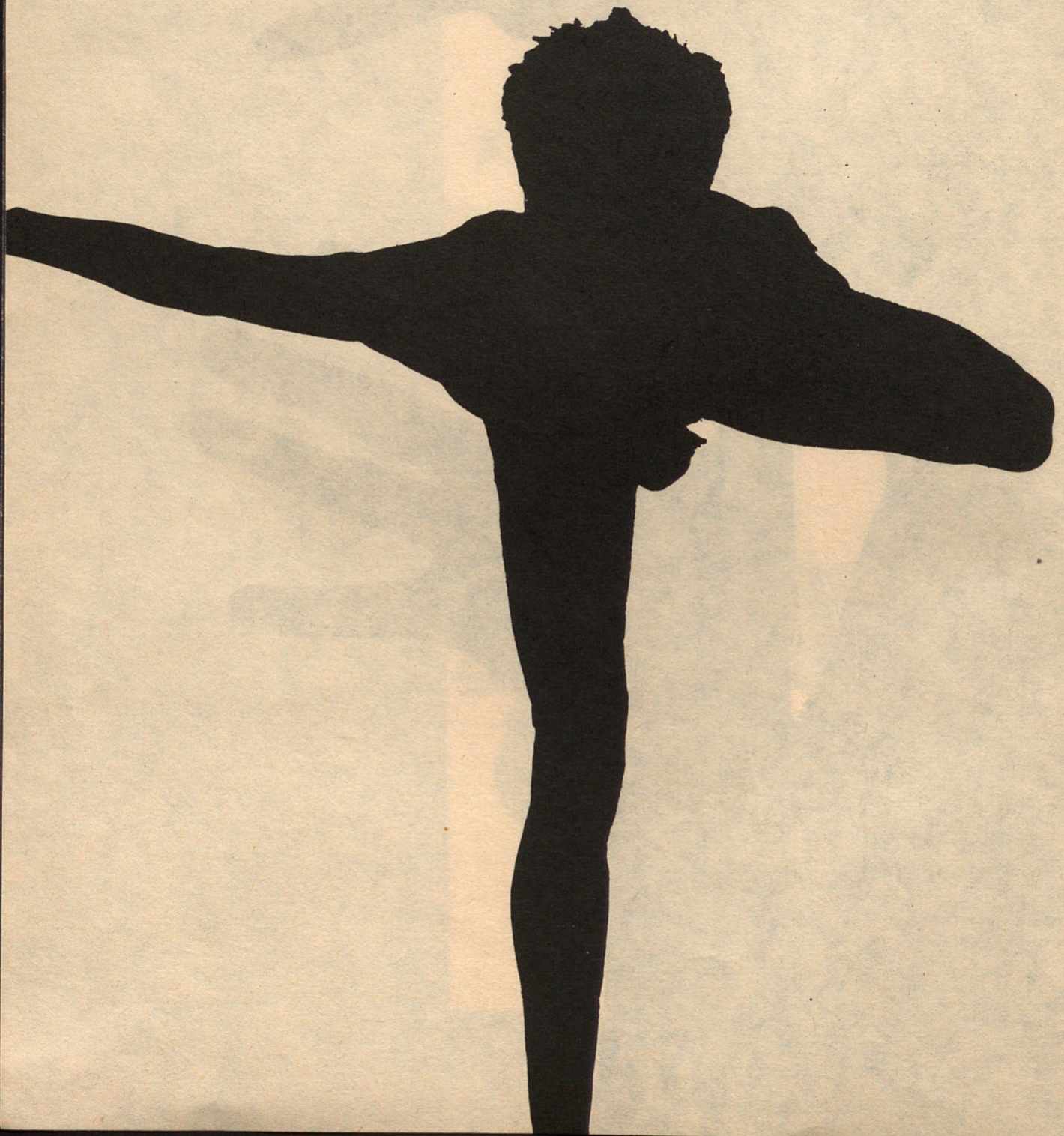
fotos:

MANUEL
XINEIRO

Servando Batanero
Nº 35
MADRID - 5
Teléfono: 239 30 84
Maestro Arbos, 11 - 2.º
MANUEL XINEIRO
T. 2881840







¡Me cago en la leche pu-
tal! Deja eso un momento,
¿quieres? Quiero decirte
una cosa... quiero decir-
te que estoy enamorado,
locamente enamorado. Sé
que parece ridículo, pe-
ro esto es diferente:
nunca había estado así
antes. Me preguntas si
tiene un buen polvo. Sí,
magnífico. Pero eso me
importa un comino...



Dijo que se volvía al
bosque; se había enamo-
rado locamente de Bill,
uno de los montañeses.
Pero tenía que abortar.
No era nada... por lo
menos para Florrie. lo
único que le preocupaba
era que con cada aborto
parecía ensanchársele;
Pronto no iban a servirle
más que los negros.



¿Por qué no vienes a sen-
tarte aquí, a mi lado?...
No voy a morderte.

¡Me cago en la leche pu-
tal! ¡Daja eso un momento,
¿quieres? ¡Quiero decirte
una cosa... quiero decir-
te que estoy enamorado,
locamente enamorado. Sé
que parece ridículo, pe-
ro esto es diferente.
Nunca había estado así
antes. Me preguntas
tiene un buen pelo, es
magnífico. Pero eso
importa un...

¡No que se volví a
casar! ¡Nunca había estado
así locamente desahil-
ado de las montañas.
Pero tanta que aborrecer.
No es nada... con la
menos cara florista.
Único que la
era que con el...

¡No voy a
hacer a
hacer a...



Había una extraña luz pálida en la habitación
y en mi boca el sabor a coño. Yo tenía
una de esas erecciones finales
que amenazan con no
desaparecer
nunca.



Habla una extraña
y en mi boca

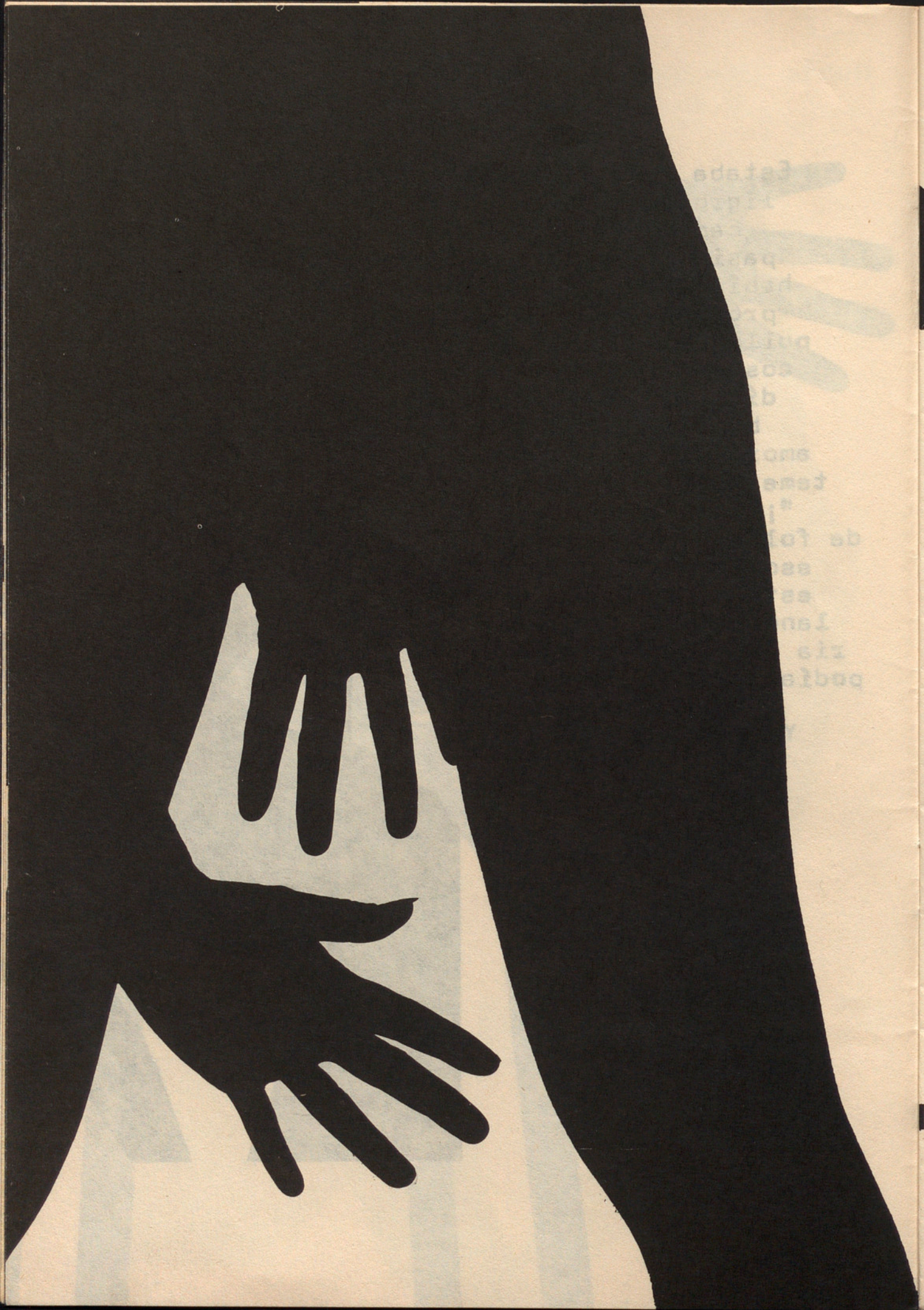


Estaba tan excitada, que apretaba peligrosamente los dientes en torno al capullo. Yo temía que, con aquella pasión frenética y llorona que se le había desatado, me incara los dientes profundamente, y me arrancase el capullo de un mordisco. Tuve que hacerle cosquillas para que aflojara las mandíbulas. Después de eso, fue un trabajo rápido y limpio: ni carantoñas

amorosas, ni prome-
teme esto y lo otro.

"¡Ponme en el tajo de follar y fóllame!", eso era lo que ella estaba pidiendo. Me lancé a ello con furia despiadada. Aquél podía ser precisamente El último polvo. Ya era una extraña para mí.





¡Sienta tan bien!
¿Por qué no vengo
aquí todos los días
y me quedo así?
Verdaderamente esto
es maravilloso. Te
quitas toda la ropa
y te quedas en la hierba;
te inclinas a dar de
comer a las palomas y el toro sube la co-
lina y te mete el aparato, terriblemente
largo. ¡Oh, Dios, pero es terriblemente
bueno recibirla así! La limpia y verde
hierba, el holor de su cálida piel, ese
largo y suave aparato que mete y saca...
¡Oh, Dios, quiero que me folle como a
una vaca! ¡Oh, Dios, quiero follarse,
follar y follarse!...





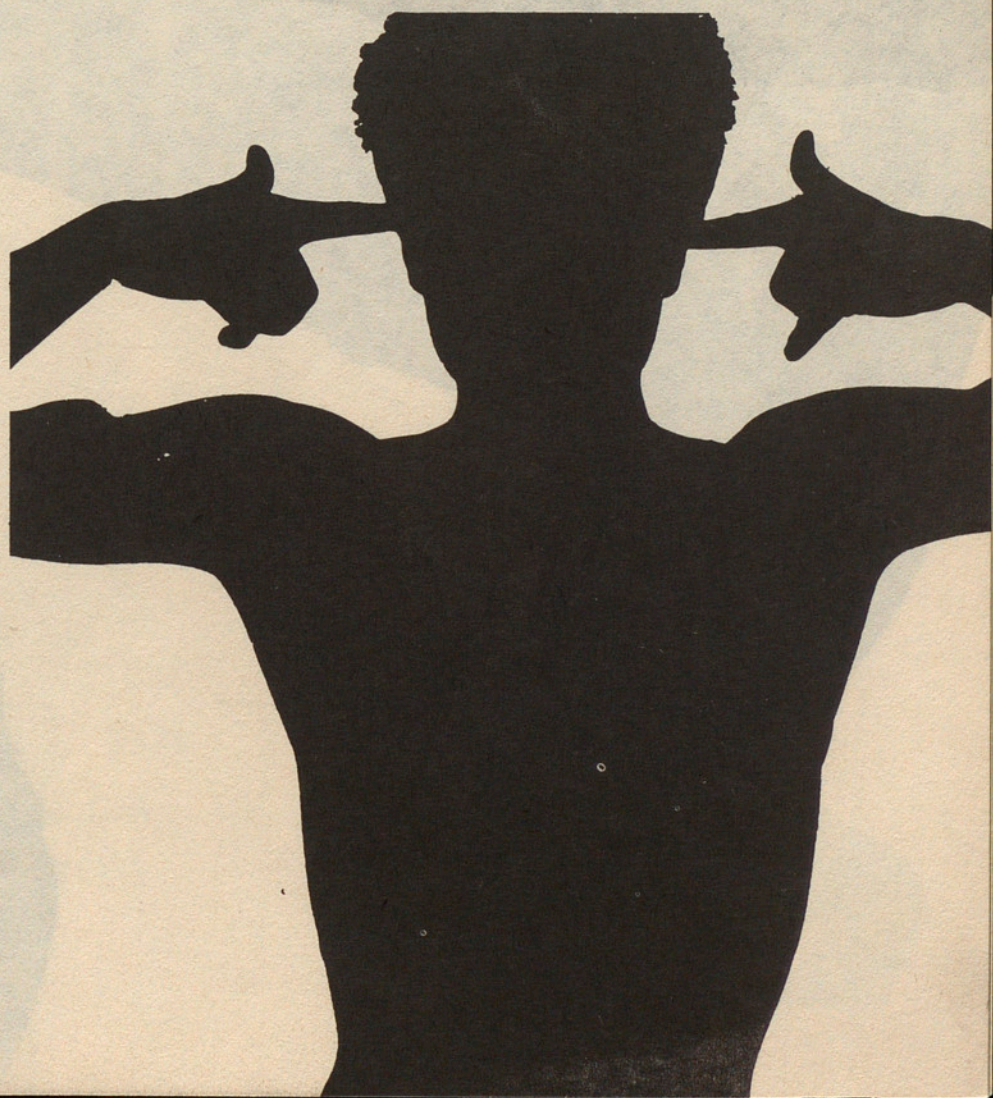
El sexo es una de las nueve razones para la reencarnación. Las ocho restantes carecen de importancia. Si todos fuésemos ángeles, no tendríamos sexo: tendríamos alas. Un aeroplano no tiene sexo; Dios tampoco. El sexo es necesario para la repro-



ducción y la reproducción conduce al fracaso. Según dicen, las personas más sexuales son los dementes. Viven en el Paraiso, pero han perdido su inocencia.



De vez en cuando
alguien se va a
casa y se corta los
cojones con una na-
vaja de afeitar
oxidada, pero de
esas pequeñas haza-
ñas nunca hablan
los periódicos.







Al llevarme el
bocadillo a la
boca, percibí el
olor de su coño
en mis dedos. Me
los olfateé, al
tiempo que alza-
ba la vista para
mirarla con una
sonrisa. "¡Eres
asqueroso!",
dijo.

Cuando un hombre
muerde,
acaba en unos
minutos.
Y no deja rastro.





Cuando un hombre
mensrtúa,
acaba en unos
minutos.
Y no deja rastro.

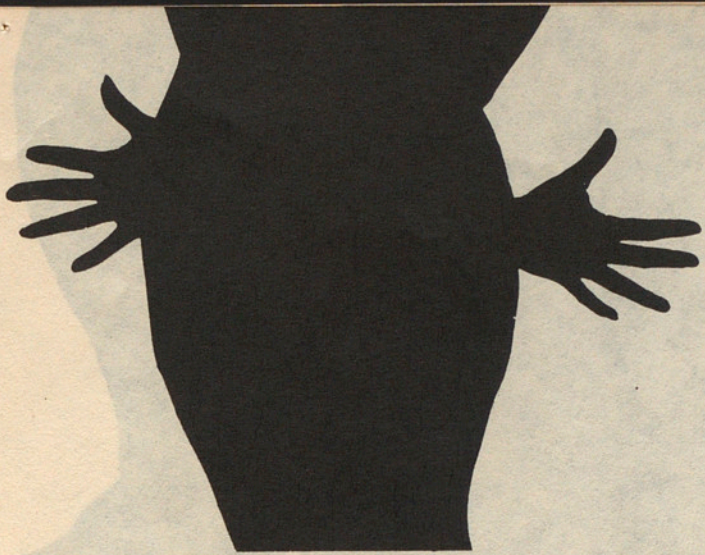
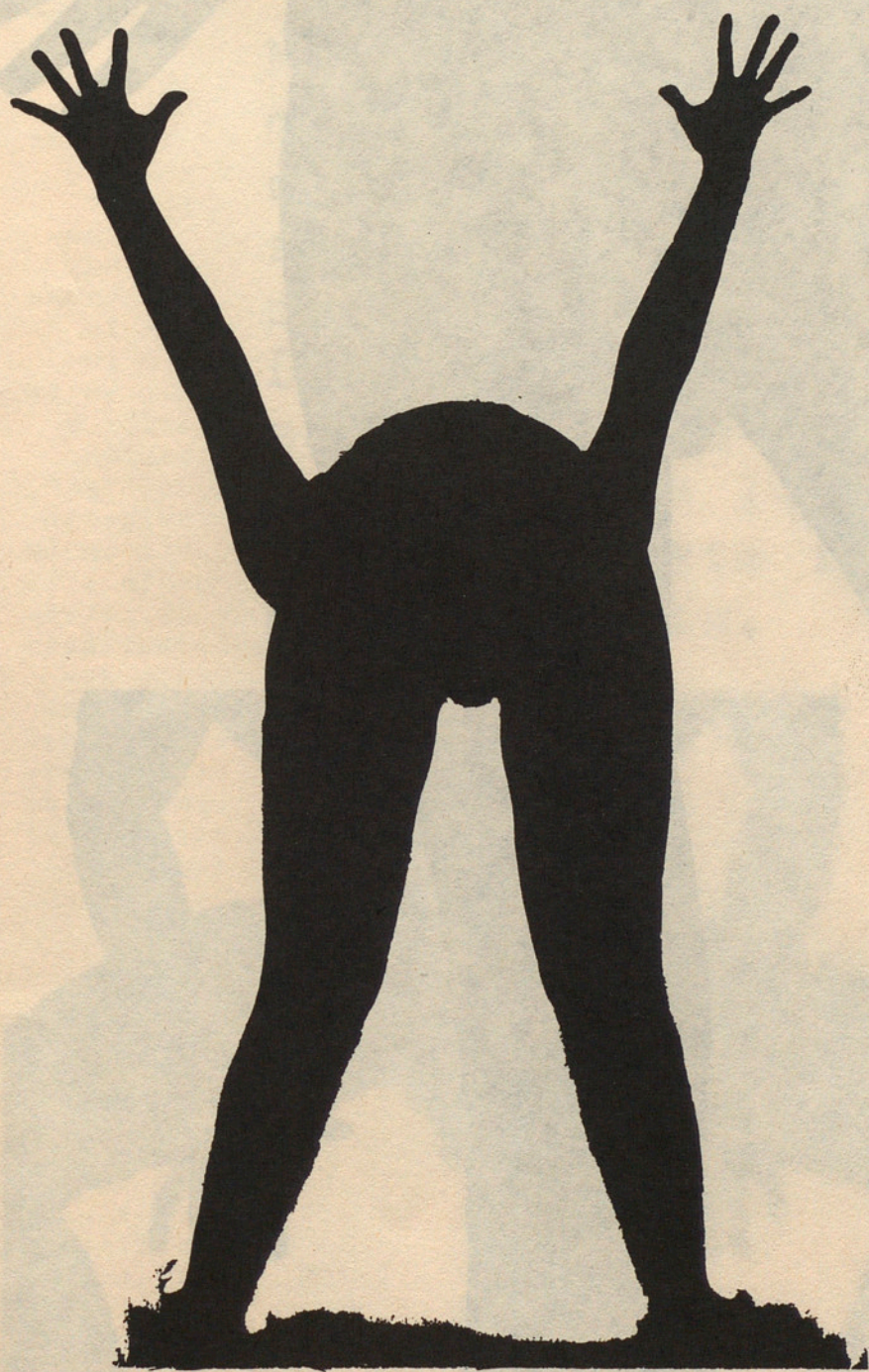


Cuando un hombre
mensajero,
escapa en unos
minutos.
Y no deja rastro.



Nunca había nada original,
nada que no hubieras visto
ya mil veces. Era como un
coño que estás harto de mi-
rar: te conoces todos los
pliegues, todas las arrugas
color hígado; estás tan
hasta los cojones de él,
que sientes deseos de escu-
pirle, o coger una goma de
desatascar y sacar todo el
lodo atascado en la laringe.
Oh, sí, más de una vez te
daban ganas de abrir fuego:
de apuntarlos con una ame-
tralladora, a hombres, mu-
jeres y niños, y volarles
las entrañas. A veces se
apoderaba de ti una espe-
cie de debilidad: sentías
deseos de tirarte al suelo
y quedarte ahí entre las
cáscaras de cacahuetes. Y
que la gente te pisara con
sus zapatos grasientos,
hediondos y manchados de
mierda.

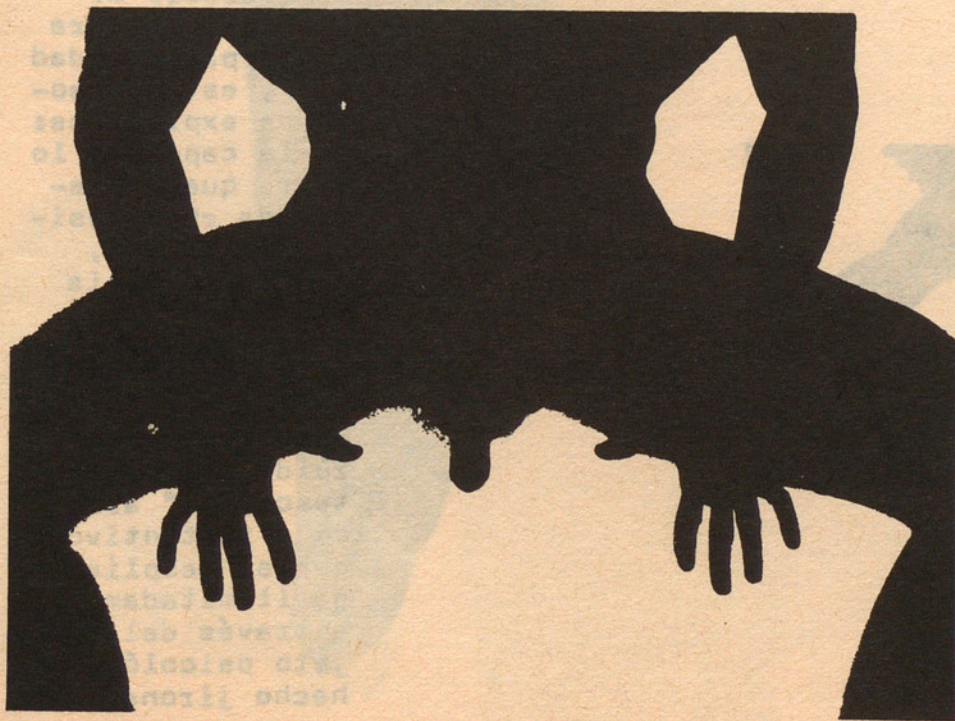








Mientras tomaba una ducha,
me miré la picha y, ¡cara-
coles!, no había la menor
señal de irritación. Apenas
podía creer lo que veía.
Desperté a Mona y se la en-
señé. Ella la besó. Volví
a meterme en la cama y echa-
mos un polvete rápido...
para probarla.





Llevamos los pueblos antiguos en el alma y cuando se relaja la razón adquirida posteriormente, como en el sueño o en la borrachera, emergen con sus ritos, con su mentalidad prelógica, y nos conceden una hora de participación mística. Cuando la superestructura lógica se suelta, cuando el epicráneo, cansado de la embestida de los estados pre-lunares, abre las fronteras de la conciencia, en torno a las cuales siempre hay una lucha, entonces aparece lo antiguo, lo inconsciente, en la transmutación e identificación mágicas del "yo", en la primigenia experiencia de lo omnipresente y lo eterno. El patrimonio hereditario del cerebro medio se encuentra mayor profundidad aún y está deseoso de expresarse: si la capa que lo cubre queda destruida en la psicosis, emerge, impulsado hacia arriba por los instintos primarios, desde la subestructura primitiva esquizoide, el gigantesco "yo" arcaico e instintivo, que se despliega ilimitadamente a través del sujeto psicológico hecho jirones.



Su marido había salido de viaje y ella estaba que se moría por un polvo... Ahora estoy intentando recordar dónde la conocí. Lo que sé es que me costó un trabajo de la hostia convencerla para que me dejara visitarla. Bueno, el caso es que lo pasé maravillosamente: no me lavanté de la cama durante dos días. Ni siquiera me levantaba para lavarme: eso era malo. Joder, os juro que si hubierais visto esa cara a vuestro lado de la almohada, habríais pensado que os estabais tirando a la Virgen María, podía correrse unas nueve veces sin parar. Y después decía: "Hazlo otra vez, una vez más... me siento depravada." Tiene gracia, ¿eh? No creo que conociera el significado de esa palabra. El caso es que unos días después, me empezó a picar y luego se puso roja e hinchada. No podía creer que había pescado unas purgaciones. Pensé que tal vez me hubiera picado una pulga. Luego empezó a salir pus. Amigos, las pulgas, no producen pus.





Pues de repente me soltó la mano... Y después volvió a cogerla y se la colocó sobre la pierna. Llevaba la bragueta abierta y tenía el aparato tieso... y estremeciéndose. Era un aparato tremendo. Era enorme. Me asusté terriblemente. Pero no me dejaba retirar la mano. Tuve que hacerle una paja. Después paró el coche e intentó tirarme fuera. Le rogué que no lo hiciese. "Sigue conduciendo despacio", dije. "Haré lo que quieras... después. Estoy asustada." Se limpió con un pañuelo y reanudó la marcha. Entonces empezó a decir las guarrerías más soeces... "Eres la clase de tía que me gusta follar", dijo. "Hace mucho tiempo que tengo ganas de joderte. Me gusta la forma de tu culo. Me gustan tus tetas. No eres virgen: ¿a que vienen tantos remilgos? Como si no te hubieran jodido más que una gallina... como si no tuvieses un coño que te llega hasta los ojos"... y cosas así. Lo único que podía hacer era fingir que no quería que me jodiera el otro primero. Este quería parar al instante y salir del coche. "Conduce despacio", lo engatusé, "luego podrás hacer lo que quieras conmigo... no quiero tenerlos a todos encima a la vez." Le cogí la picha y empecé a darle masajes. Al cabo de un instante estaba tiesa... mayor incluso que antes. ¡La virgen! Te lo aseguro, Val, nunca había tocado una herramienta como aquella. Debía ser un animal. Me obligó a cogerle los huevos también: eran pesados y estaban hinchados. Se la meneé deprisa, con la esperanza de hacerle correrse en seguida... Me cogió por la nuca y me metió la cabeza a la fuerza en la entrepierna. "Voy a conducir despacio como has dicho", susurró, "quiero que me la chupes. Después de eso, estaré listo para echarte un polvo, un polvo como Dios manda." Era tan enorme, que creía que iba a



axfisiarme. Sentí ganas de morderlo. De verdad, Val, nunca había visto una cosa igual. Me obligó a hacerle de todo. "Ya sabes lo que quiero", dijo. "Usa la lengua. No es la primera vez que te metes una picha en la boca." Finalmente empezó a moverse hacia arriba y hacia abajo, a meterla y sacarla. Me tuvo todo el tiempo cogida de la nuca. Estaba a punto de volverme loca. Entonces se corrió... ¡pufffl! ¡Que asco! Creí que no acabaría nunca de correrse. Aparté la cabeza rápidamente y me echó un chorro en la cara... como un toro. Tenía demasiado miedo como para sentirme apasionada. Eran canaces de cualquier cosa. Eran unos matones. En lo único que podía pensar era en como escapar. Estaba aterrizada. Y lo único que él seguía diciendo era: "Espera, preciosa... te voy a joder hasta las entrañas. ¿Que edad tienes? Espera..." Y entonces se la cogía y la blandía como una porra. "Cuando te meta esto

dentro de ese chochito tan mono que tienes, vas a sentir algo. Te voy a hacer correr por la boca. ¿Cuántas veces crees que puedo hacerlo? ¡Adivinal! Tuve que reponderle. "¿Dos veces... tres veces?". "Supongo que nunca te han echado un polvo de verdad. ¡Tócalal!" y me hizo cogerla otra vez, mientras se movía hacia delante y hacia atrás. Estaba viscosa y resbaladiza... debió estar corriéndose todo el tiempo. "Qué tal sienta, amiga? Puedo alargarla dos o tres centímetros más, cuando te barre el agujero con ella. Por cierto, ¿qué tal, si te la metiese por el otro agujero? Mira, cuando acabe contigo, no vas a poder ni pensar en follar durante un mes." Así es como hablaba... Esperé a que abriera la puerta. Entonces salí de un brinco y eché a correr por el campo. Se me salieron los zapatos. Me corté los pies con los espesos rastros. Corrí como una loca y él tras de mí. Me alcanzó y me arrancó el vestido: lo desgarró de un tirón. Después le vi alzar la mano y en el momento siguiente vi las estrellas. Él estaba encima de mí cabalgándome como un animal. Me hacía un daño terrible. Quería gritar, pero sabía que lo único que haría sería volver a pegarme. Me quedé tumbada y rígida de miedo y le dejé magullarme. Me mordió por todo el cuerpo -los labios y las orejas, el cuello, los hombros, los pechos- y no dejó de moverse ni por un instante: no paraba de follar, como un animal enloquecido. Pensé que se me había roto todo por dentro. Cuando se retiró, creí que había acabado. Me eché a llorar. "Calla", dijo, "o te doy una patada en la mandíbula." Sentía la espalda como si estuviera rodando entre cristales. Él se quedó tumbado boca arriba y me dijo que se la chupase. Todavía la tenía grande y viscosa. Creo que debía tener una erección perpetua. Tuve que obedecer. "Usa la lengua", dijo. "¡Lámela!" Se quedó tumbado respirando pesadamente, con los ojos en blanco y la boca completamente abierta. Después me puso encima de él, haciéndome saltar como si fuera una pluma, girándome y retorciéndome, como si estuviese hecha de goma. "Así está mejor, ¿eh?", dijo. "Ahora dale tú, ¡zorral!", y me sostuvo ligeramente de la cintura con las dos manos, mientras yo follaba con todas mis fuerzas. "Ya está bien", dijo. "Ahora ponte a cuatro patas... y levanta bien el culo." Entonces lo hizo todo... la sacaba de un sitio y la metía en el otro. Me tenía la cabeza enterrada en el suelo, en pleno lodo, y me obligó a cogerle los cojones con las dos manos. "¡Apriétalos!", dijo, "pero no demasiado fuerte, ¡o te parto la boca!" El lodo me estaba entrando en los ojos... apestaba horriblemente. De repente, sentí que apretaba con todas las fuerzas... estaba corriéndose otra vez... era caliente y espesa. No podía resistir ni un momento más. Me desplomé de cara contra el suelo y sentí derramarse la lefa por la espalda. Le oí decir: "¡Maldita sea tu estampal!", y después debió de golpearme otra vez, porque no recuerdo nada hasta que me desperté tiritando de frío y me vi cubierta de cortes y magulladuras. El suelo estaba mojado y yo estaba sola...

